

LEPANTO EN LA CULTURA

Manuel MAESTRO LÓPEZ
Presidente del Círculo Letras del Mar

*La pintura y las batallas
solo resultan hermosas
contempladas a distancia.*

Dicho español



N mi familia más cercana, mi sobrino y ahijado, Quique, es el único con vena marinera: gran amante de la vela deportiva, de mi mano va adentrándose en el mundo de la historia y cultura navales. Recientemente ha aumentado su familia con la entrada en su hogar de *Chet*, uno de los descendientes de los perros de agua que tan útiles fueron en la batalla de Lepanto, operando como embriones del radar, labor para la que nuestros marinos los adiestraban para localizar, con su increíble olfato, a los turcos en el mar: razón por la que se les conoce como «turco-andaluces». *Chet* como los de su raza es valiente, alegre y cariñoso e igual que los suyos pertenece a una casta capaz de bucear como los peces en el agua. Mi sobrino le está enseñando a que le ayude en las maniobras de atraque y desatraque de su barco. Algo parecido para lo que yo le estoy utilizando en estos momentos en que encaro al folio en blanco y necesito una idea que valga para iniciar la primera singladura literaria de la forma más original posible.

Hétenos aquí con un descendiente directo de quienes vivieron y son parte de la estela dejada por «la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, los presentes, ni esperan ver los venideros», palabras que repite Cervantes en el proemio de sus *Novelas Ejemplares* y en la segunda parte del *Quijote*, resaltando que su manquedad no era fruto de alguna reyerta de taberna. Frase que tiene su antecedente en otra muy similar del teólogo Pedro de Fuentidueña y Medina; dato de los varios que he descubierto rebuscando documentación para que el presente artículo viese la luz, en esta ocasión propiciado por un artículo del teniente vicario J. González Díez, aparecido en esta misma REVISTA hace 50 años: el 1 de noviembre de 1571 se celebraba en Roma, bajo la presidencia del papa y con toda pompa, la victoria contra el turco; y el sermón se refirió a la epopeya naval como «la más esplendorosa victoria de todos los tiempos, edades y siglos; la más preclara que el sol de

oriente ni de occidente haya jamás presenciado», que queda resumida en la ya mencionada del alcaíno: «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros».

Mi tarea en este número monográfico de la REVISTA GENERAL DE MARINA será resumir los textos y figuras que suscitó el ingenio de literatos, pintores y escultores, mostrando el fragor de la batalla, los rostros de sus principales intérpretes, o las piezas tanto originales como reproducidas de las galeras, estandartes y armas de todo tipo que se conservan en los museos y han sido reproducidos en sellos, monedas u otros elementos propios del coleccionismo, así como la música y los rezos que nos acerca al estruendo del combate o a la alegría del triunfo, surcando el relato con barcos de nuestra Armada que evocan con sus nombres la efeméride.

Así lo contaron los primeros

En este paseo por la cultura épica, transitaremos, primeramente, por los distintos géneros literarios, desde la narrativa en verso ensalzando o exaltando el hecho, a la historia pura estudiándolo y analizando sus consecuencias, o pasando por el teatro y sus obras: conjunto de recursos que permitió divulgar aquel momento dramático en el que el destino de Occidente se jugó a una sola carta.

Miguel de Cervantes nos acompaña en estos primeros pasos, pues su nombre o más bien sobrenombre está estrechamente unido a la gran batalla, por su mal interpretado apodo: el Manco de Lepanto, pues más que manco era tullido de la mano izquierda por un trozo de plomo que le seccionó un nervio. Manquedad de la que da cuenta en la epístola a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II:

«... El pecho mío, de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fue tan soberano
que a mi alma llegó, viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,

que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento,
que a veces me quitó todo el sentido.»

Pero la manquedad de la izquierda no disminuyó el magistral uso de la derecha del también mundialmente conocido como autor del *Quijote de la*

Mancha, al punto de que, cuando uno profundiza en el personaje, Manco de Lepanto y Quijote de la Mancha bien puede ser Quijote de Lepanto y Manco de la Mancha, pues en la inmortal novela encontramos numerosas referencias a la trascendental batalla: cabalgando con Alonso Quijano por cualquier lugar de la Mancha, Miguel de Cervantes encuentra la ocasión propicia para engarzar la acción con el lejano mar. Tan pronto aparece en el relato una cuerda de galeotes, gentes forzadas a remar en las galeras como pone en boca de su intérprete un prolijo discurso sobre «Las Armas y las Letras», en el que nos cuenta un pasaje sobre lo ocurrido en Lepanto: «... Y si éste parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja al de embestirse dos



Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616).
(Foto: www.wikipedia.org)

galeras por clavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que le concede dos pies de tabla de espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies irá a visitar los profundos senos de Neptuno; y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario».

Cervantes también alude en distintos pasajes de sus obras a su intervención activa en el combate como lo hizo en los siguientes versos de su «Viaje al Parnaso»:

«Del heroico don Juan la heroica hazaña,
donde con alta de soldados gloria
y con propio valor y airado pecho
tuve, aunque humilde, parte en la victoria.»

Y más adelante, cuando hablando Mercurio con Cervantes le dice:

«Que en fin has respondido a ser soldado
antiguo y valeroso, cual lo muestra
la mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
perdiste el movimiento de la mano
izquierda para gloria de la diestra.»



Lope de Vega. (Foto: www.wikipedia.org)

Lope de Vega recibió el sobrenombre de «Fénix de los Ingenios» no solo por ser una auténtica máquina de escribir, sino por la calidad de su legado escrito: firmó 1.500 obras de teatro y 3.500 sonetos. Este saldo es una de las razones por las que su contemporáneo Cervantes fuese su «íntimo enemigo»: dos gallos de semejante plumaje era difícil que conviviesen en el mismo corral. Además, ambos fueron soldados de Marina, si Miguel luchó contra el turco en Lepanto, Félix se enroló para luchar en las islas Terceras, en la expedición mandada por Álvaro de Bazán, al que dedicó esta poesía en la que ya hace mención al combate con los turcos:

«El fiero turco en Lepanto,
en la Tercera el francés,
y en todo mar el inglés,
tuvieron de verme espanto.
Rey servido y patria honrada
dirán mejor quien he sido
por la cruz de mi apellido
y con la cruz de mi espada.»

Honra a Lope el que, una vez muerto su gran rival en las letras, al que le dedicó frases despectivas como que «no hay poeta tan malo como Cervantes, ni nadie tan necio que alabe a Don Quijote», plasmase en el papel el siguiente elogio en verso resaltando su papel en Lepanto:

«En la batalla donde el rayo austrino,
 hijo inmortal del águila famosa,
 ganó las hojas del laurel divino
 al rey de Asia en la campaña undosa,
 la fortuna envidiosa
 hirió la mano de Miguel de Cervantes;
 pero su ingenio, en versos de diamantes,
 los del plomo volvió con tanta gloria
 que por dulces, sonoros y elegantes,
 dieron eternidad a su memoria,
 porque se diga que una mano herida
 pudo dar a su dueño eterna vida.»

La batalla de Lepanto inspiró a ilustres plumas de la época como la del pionero Juan Latino que en menos de un año, en 1572, compuso en hexámetros los dos cantos de *Austriadis Carmen* en la que utiliza el latín humanista de la época, repleto de evocaciones de Virgilio. En 1584 Juan Rufo, cronista de Juan de Austria que estuvo en su misma galera le dedicó su *Austriada*:

«Bombas de fuego, máquinas terribles
 de alquitrán, que en el agua más se enciende;
 astas y flechas, llenas de empecibles;
 yerbas cuyo veneno presto ofende;
 arcabuces, mosquetes insufribles,
 cañones, de quien nadie se defiende;
 y mucha confianza en la batalla
 que es la mejor confianza que se haya.»

De forma casi inmediata, también en 1572, Fernando de Herrera escribió *Relación de la Guerra de Chipre y Suceso de la Batalla Naval de Lepanto* que dedicó al duque de Medina Sidonia, en la que describe someramente la historia de la isla de Chipre, las ambiciones de los turcos sobre la misma, la de Venecia, la constitución de la Liga Santa, y con todo lujo de detalles, el combate naval de Lepanto de 1571. Consta de veintiocho capítulos y termina con un bello poema:

«Cantemos al Señor, que en la llanura
 Venció del ancho mar al Trace fiero;

Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraón, feroz guerrero;
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego.»

Entrando en la historia pura, en relación con Lepanto aparece la figura de Luis Cabrera de Córdoba, cronista de Felipe II, un auténtico fanático de la verdad y la cronología, que describe el auténtico caos en el que se convirtió el combate:

«Jamás se vio batalla más confusa; trabadas de galeras una por una y dos o tres, como les tocaba... El aspecto era terrible por los gritos de los turcos, por los tiros, fuego, humo; por los lamentos de los que morían. Espantosa era la confusión, el temor, la esperanza, el furor, la porfía, tesón, coraje, rabia, furia; el lastimoso morir de los amigos, animar, herir, prender, quemar, echar al agua las cabezas, brazos, piernas, cuerpos, hombres miserables, parte sin ánima, parte que exhalaban el espíritu, parte gravemente heridos, rematándolos con tiros los cristianos.»

En ese rebuscar de documentos y datos me encuentro con un trabajo aparecido en esta misma REVISTA en 1971 titulado «Hallazgo de la Crónica Inédita de un soldado en la Batalla de Lepanto», en el que un contralmirante ignoto, como autor del artículo hace referencia a un libro escrito por un soldado anónimo, de nada menos que 800 páginas, titulado *Batalla Naval de don Juan de Austria*. Se trata de la crónica de guerra de un participante en la que comienza por la ruptura de los venecianos y consiguiente campaña de Chipre, continúa con la formación de la Santa Liga y la derrota a la Marina turca, para seguir con la jornada de Modón, finalizando con la campaña de Túnez y el desastre de La Goleta. El relato es minucioso, aportando documentos y declaraciones, especialmente del campo enemigo; centrado en el combate mantenido el 7 de octubre de 1571, lo desarrolla con exaltado lirismo: «Venía la armada turquesca tan ardida y gallarda que les parecía cada momento mil años de juntarse y así luego que la descubrieron comunicaron de alegría a tocar pifanos y tamborinos, baylando y dando voces llamando a los cristianos gallinas mojadas, prometiéndose el triunfo y victoria de nosotros... Duró el ímpetu de la batalla cerca de cuatro horas y fue tan sanguinosa y orrenda que parecía que la mar y el fuego fuese todo uno...»

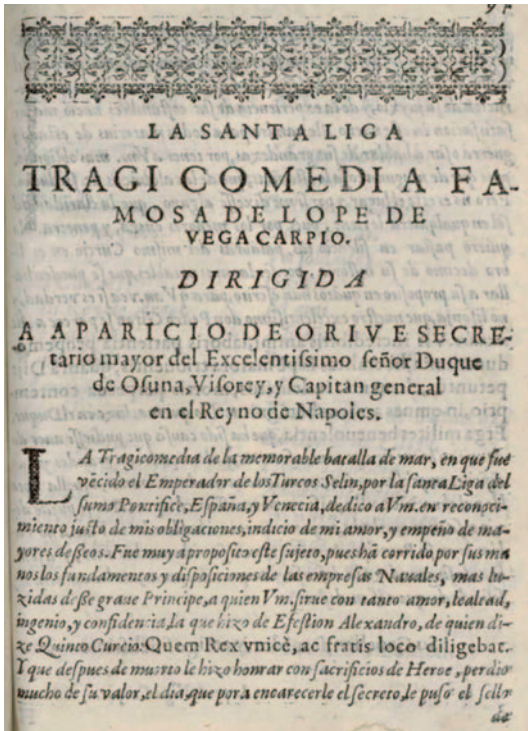
Y así nos lo han seguido contando

Dando un gran salto en el tiempo, nos aparece el relato de Cesáreo Fernández Duro, capitán de navío, escritor, historiador y autor de una magna *Historia de la Armada Española*, de nueve tomos, que recogen el acontecer de nuestra Marina de Guerra desde finales de siglo xv hasta el primer tercio del siglo xix. Del *Boletín de la Academia de la Historia*, de la que fue secretario perpetuo desde 1898 hasta su fallecimiento en 1908, recogemos un trabajo de su autoría en el que nos cuenta como se perpetuó la celebración del triunfo de Lepanto cada 7 de octubre: «... Sabida la victoria por el rey D. Felipe II, instituyó fiesta perpetua de aniversario en la catedral de Toledo el 7 de Octubre, dedicado á San Marcos Papa, fiesta á que habían de asistir el Ayuntamiento, corregidor, regidores y jurados, celebrándose con procesión intra-ambitium, Te Deum á tres coros con música de ministriles y órganos, misa mayor con oración pro gratiarum actione y sermón panegírico de la batalla naval. Entre las cláusulas de la escritura de institución decía una: «Que en la dicha fiesta se saquen y cuelguen en la dicha santa iglesia las banderas é insignias de esta victoria, que para ello se les darán, y las pongan de la manera que se ponen las banderas en la fiesta del triunfo de la Cruz, en la victoria de las Navas de Tolosa y la de Orán».

Dando sus primeros pasos el siglo xx, el británico Gilbert Keith Chesterton publicó el poema «Lepanto» en la revista *The Eye Witness* de la que pasado el tiempo el mismo dirigiría, y está escrita antes de su conversión al catolicismo. Esta obra chestertoniana está considerada como la cumbre épica de este autor e incluso del conjunto de obras de este carácter de su generación, y es una de las más conocidas de las dedicadas a la gesta naval. El texto ha sido objeto de varias traducciones al español:

«En los atrios del sol fluyen blancas fuentes,
y el Sultán de Bizancio las contempla riente.
Es su risa otra fuente que en tan temible faz,
agita, bosque umbrío, su barba montaraz
y tiñe en rojo sangre de sus labios el arco,
pues el mar más recóndito lo estremecen sus barcos.
A las blancas repúblicas en Italia han retado,
y al León de Venecia en su mar lo han cercado.
Inerme y angustiado, de Roma el soberano
ha llamado a cruzarse a los reyes cristianos.
La fría reina inglesa su reflejo adereza;
de los Valois la sombra en la iglesia bosteza.
Retumba hacia poniente el cañón español
Y del Bósforo el amo sigue riendo al sol...»

La batalla de Lepanto sigue siendo un tema recurrente entre autores contemporáneos, que nos han transmitido con lenguaje actual y todo detalle de aquel combate del que ahora conmemoramos el 450 aniversario; entre otros tenemos el libro escrito por Agustín Ramón Rodríguez González que con el título *Lepanto: la batalla que salvó a Europa* trata de fulminar cualquier controversia que suscite la importancia que tuvo el combate como freno a la expansión del islam en nuestro continente y que, en resumen, argumenta así: «La batalla de Lepanto ha sido considerada en ocasiones como la Salamina de la Edad Moderna. Si los confederados griegos salvaron su independencia contra el Imperio Persa y con ella una aportación fundamental a lo que hoy entendemos por Europa, análogo resultado lograron España, Venecia y el papado en su lucha contra el Imperio Otomano, que ya había tomado Constantinopla y se había adentrado profundamente en los Balcanes hasta el corazón del Continente. Sin este decisivo triunfo, Italia, y con ella Roma, y todo el Sur y el Levante de España hubieran quedado expuestos a la expansión turca, con consecuencias fácilmente imaginables para la civilización occidental y para nuestro propio país».



La Santa Liga de Lope de Vega

Y otra cara de la moneda sobre la gran batalla la encontramos en la obra de Alessandro Barbero *Lepanto, la batalla de los tres imperios*. Para Barbero las raíces del conflicto están en el empeño veneciano porque perdurase su dominio del mar Adriático y de la isla de Chipre cuya invasión fue la mecha que prendió la guerra, en lo que España se mantuvo reticente, más interesada en defender sus intereses en el norte de África ante los ataques de los piratas y corsarios musulmanes, lo que ralentizó dos años la operación naval. Barbero más que de la batalla en sí, entra de lleno en los antecedentes históricos, negociaciones diplomáticas y el alcance de los acuerdos entre todos los miembros de la Liga. Sobre las razones de la batalla, el catedrático Fran-

co Cardini, matiza en la presentación de la obra: «Barbero no rinde tributo al habitual triunfalismo de la victoria de Occidente contra el Islam ni se apunta al equívoco del choque de civilizaciones, sino que se atiene, con rigor y seriedad, a las verdaderas fuerzas en juego: el Imperio otomano, la España de los Austrias y la República de Venecia en su lucha por la hegemonía en el Mediterráneo».

Así nos la mostraron en escena

La estela de Lepanto también nos ha llegado por medio del teatro y, posteriormente, del cine. En la escena resaltó la figura de Lope de Vega, con su tragicomedia *La Santa Liga*, obra que, para quien quiera apreciar la historia, tiene una trama que puede parecer en principio fuera de lugar, ya que la batalla no se hace presente hasta el tercer acto, como el final de un drama enmarcado dentro del harén del sultán turco. En la obra, Lope identifica a Venus con Rosa Sulimana y a Marte con su amante el sultán Selim que, con sus amoríos, desatiende sus obligaciones como gobernante; y al contrario Juan de Austria y los suyos estarían impulsados por la «Venus Caelestis» a la que implora antes de la batalla: posturas que influyen en la trama y desenlace de la obra, en cuyos últimos versos, en los que intervienen varios personajes cantando el triunfo, se refiere a ella también como «la batalla naval»:

«ALONSILLO

...¡Muera el perro Solimán!
 ¡Vivan Felipe y don Juan!
 ¡Viva Felipe famoso
 y el gran don Juan glorioso,
 que por venir victorioso,
 la palma y laurel le dan!
 ¡Muera el perro Solimán!...

CRUZ

...Ese estandarte real
 levantad, gran general,
 y arrastrad el de Selín,
 que con esto damos fin
 a La batalla naval.»

La obra fue un acierto, pues Lope condensó en la misma la épica de la época y el romancero popular, para conmemorar lo que su gran rival había bautizado como «la más grande ocasión que vieron los siglos». En la dramatización de la batalla de Lepanto contaba con el precedente de Miguel de

Cervantes, que en el «Prólogo a las ocho comedias y ocho entremeses nuevos» de 1615 afirma que, «entre otras, se vio en los teatros de Madrid *La batalla naval* que yo compuse», y de la que no se conserva ninguna copia, aunque no se duda de su existencia, pues entre otras menciones aparece en *El viaje al Parnaso*.



Cartel de la película *Cervantes, el Manco de Lepanto*

En cuanto a la presencia de la batalla en el cine, tras mucho rebuscar solo he encontrado una película, y española, *Cervantes, el Manco de Lepanto*, realizada en 1967 y dirigida por Vincent Sherman, con un magnífico reparto encabezado por Horst Buchholz, Gina Lollobrigida, José Ferrer y Louis Jourdan, y secundados por Francisco Rabal, Antonio Casas, Ángel del Pozo y Fernando Rey. A la escasez de producción sobre el tema se contraponen los filmes basados en la obra cervantina por excelencia; el Quijote, cuyo personaje ha seducido e inspirado a numerosos directores y productores cinematográficos. *Jeromín* basada en la novela del padre Coloma es la única huella encontrada sobre los personajes de la batalla: se trata de una película basada en la

infancia de Juan de Austria, aun no reconocido como hijo de Carlos V y hermano de Felipe II, en la que no faltan citas históricas como es el caso del combate de Lepanto.

Lepanto en el pentagrama

Siguiendo el relato, para entrar en el mundo de la Música, por medio de Cervantes tenemos que suele incluir en sus textos referencias a distintos elementos musicales y de danzas. Cuando, el 31 de octubre de 1571, llega la noticia de la victoria a la Corte, el pueblo de Madrid organiza todo tipo de festejos entre los que no faltó la música de los trompeteros del rey. Más tarde, Lepanto entró de lleno en la música con mayúsculas con la batuta de Tomás Luis de Victoria, mediante la edición de los diez libritos de música de mil cosas, que contiene la *Misa de la Batalla de Lepanto*, conocida como *Pro Victoria*, una obra festiva compuesta para nueve voces al estilo concertante, que resultó de una grandiosidad desconocida en aquellos momentos. Fue la música elegida para iniciar el enlace matrimonial de nuestro rey Felipe VI con la reina doña Letizia.

Juan Brudieu compuso un madrigal, titulado *Oid, Oid* rebosante de alegría por el triunfo contra el turco:

«Oíd los que en la iglesia habéis nacido
y os cobijáis debajo de su manto
victoria a las buenas nuevas que nos ha traído
de allá de la morena y de Lepanto....
A Dios eterno demos todos gloria.
In manu ejus est pugne victoria.»

El cordobés Fernando de las Infantas, que participó en la reforma del canto gregoriano, también dedicó a la batalla una parte de su producción, con una plegaria musical: *Pro victoria navali contra Turcas Sacris Foederis clase paria* que data de 1571, compuesta a seis voces. Emilio Arrieta compuso en 1876 *Cervantes en Lepanto* que pone música a la narración de Cervantes en los tercetos de la *Epístola a Mateo Vaz*. En Venecia Andrea Gabrieli, con la batalla como fondo, compuso su madrigal *Asia Felice* cantada por tres coros en el carnaval de 1572.

Así se recordó en el IV Centenario

Un decreto de 8 de octubre de 1970 marcaba la salida a los actos a celebrar al siguiente año, con motivo del IV Centenario de la Batalla Naval de Lepan-

to, que tendría como principal escenario a la mediterránea Barcelona, donde se celebraría a modo de apertura un solemne acto en el Salón de Ciento de su Ayuntamiento presidido por los entonces príncipes de España, acompañados por los ministros militares y las primeras autoridades locales. Tras la bienvenida del alcalde tomó la palabra el ministro de Marina, almirante Baturone, que pronunció un discurso en el que describió la situación política, militar y religiosa del siglo XVI, y puso a Lepanto como una de las mejores lecciones de Occidente al reaccionar ante la amenaza turca. Terminada su alocución, el príncipe Juan Carlos dio por inaugurados los actos conmemorativos en nombre del jefe del Estado. Al día siguiente se realizó una vista a las Reales Atarazanas para contemplar una exposición sobre la batalla, en la que sobresalió la reproducción de la galera *Real* y diversos cuadros, tapices, armas y objetos relativos al combate y a las acciones anteriores y posteriores al mismo. La reproducción de la galera a tamaño natural, contó con una exposición divulgativa sobre su construcción, planos, bocetos y elementos decorativos. La embarcación tiene 60 metros de eslora y 8,40 de manga, la longitud de los remos es de 11,40 metros. La galera original tenía 237 toneladas en vacío y una superficie vélica de 691 metros cuadrados. Su armamento constaba de tres cañones pesados y seis ligeros, y su tripulación era de 400 marineros e infantes y 290 remeros.

Dos días antes llegó al puerto barcelonés una agrupación de la Armada compuesta por los destructores *Roger de Lauria* y *Marqués de la Ensenada*, acompañados del transporte de ataque *Castilla* desde el que se desplazó una procesión con las imágenes de la Virgen de la Victoria y el Santo Cristo de Lepanto, que fueron depositadas en las Reales Atarazanas, para inaugurar la réplica de la galera *Real*, construida en los Astilleros Cardona, cuyo proyecto estuvo liderado por el entonces director del Museo Marítimo, capitán de fragata José María Martínez Hidalgo.

Así nos la pintaron

La pintura y grabados de la época plasmaron imágenes del combate e idealizaron a sus artífices. Felipe II encargó a Lucas Cambiaso seis grandes lienzos: *La salida de la Liga Santa del puerto de Mesina*, *La armada cristiana sale al encuentro de la turca*, *Disposición de las naves momentos antes de la lucha*, *La batalla*, *Retirada de los restos de la armada turca, aprovechando la primera oscuridad* y *Regreso triunfal de la armada cristiana al puerto de Mesina*. En principio se colocaron en la parte inferior del ábside de la basílica del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, pero al deteriorarse, fueron restaurados y colocados en la planta baja de la galería de palacio. Tiziano pintó el cuadro *Felipe II ofreciendo al cielo al infante don Fernando*, que simultáneamente conmemora la victoria de Lepanto y el nacimiento del

que en aquel momento era el heredero del trono, por lo que el lienzo se convirtió en un exvoto por el que el monarca da gracias por ambos acontecimientos. Pertenece al Museo del Prado procedente de la colección del Real Alcázar madrileño.

En el Museo Naval de Madrid se exhibe una de las obras más significativas de la efeméride naval, *Revelación a san Pío V de la victoria de la Santa Liga en Lepanto*, atribuida a Juan de Toledo, que representa el momento en el que el papa tuvo una visión sobre la victoria de la armada cristiana. En el mismo museo se contemplan retratos de Juan de Austria y Álvaro de Bazán.

En el Senado español se expone un cuadro del pintor filipino Juan Luna Novicio recreando el momento en el que la galera *Real* embiste a una nave turca, saltando al agua parte de sus tripulantes y al mando de la embarcación cristiana se ve a Juan de Austria; también en una pequeña embarcación se divisa la figura de Miguel de Cervantes. La Biblioteca Nacional alberga un cuadro prolijo, obra de Mario Kataro, que aporta numerosa información como la disposición de las naves en combate y el desarrollo del mismo. En un cuadro de Juan de Toledo, situado en la iglesia de Santo Domingo de Murcia, aparece la Virgen del Rosario con el Niño, y en sus esquinas las imágenes de Pío V, Felipe II, Alí Pachá y Juan de Austria. Lucas Valdés realizó un cuadro sobre el tema para la iglesia sevillana de la Magdalena y en la Casa de Cervantes de Alcalá de Henares se encuentra expuesto otro de autor anónimo.

En el Vaticano se exhibe un cuadro de Giorgio Vasari titulado «Batalla de Lepanto» en el que aparecen ambas escuadras antes de entrar en combate, y dos grupos separados por un mapa de Lepanto aureolado de ángeles, en uno de ellos rodeado también por querubines que pueden representar a la Iglesia, la Religión y la Liga Santa y en otro está retratada la muerte en forma de esqueleto, en un tercero se representa al mal expulsado por varios angelotes. En cuadro diferente del mismo autor aparecen en la parte superior San Pedro, San Pablo, San Marcos y Santiago aniquilando a la flota turca, ayudados por una legión de ángeles y a su derecha unos demonios que huyen. En el centro



Rodela italiana (c. 1585-1590).
(Museo Naval de Madrid)

del lienzo aparecen las galeras confundidas en el fragor de la batalla y en la esquina inferior izquierda vemos a la Fe sentada sobre los otomanos vencidos. La *Bataglia di Lepanto*, de Andrea Vicentino, es uno de los cuadros más famosos que recogen el famoso combate, aunque el héroe que aparece retratado es el veneciano Sebastián Veniero.

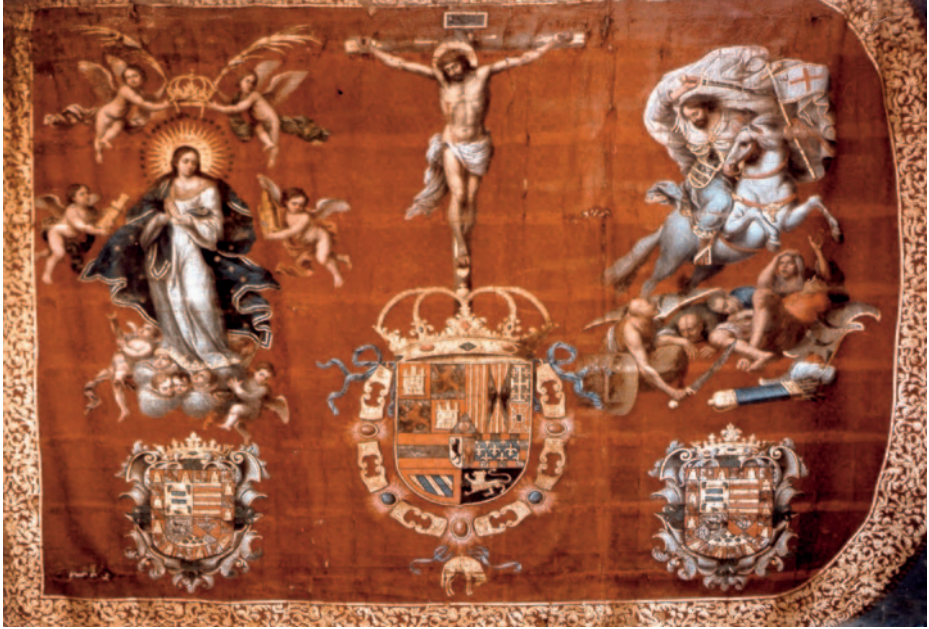
Recuerdos en piedra, tela, metal o madera

Aunque la piedra fundacional del Monasterio de El Escorial se puso el 23 de abril de 1563 y hasta el 13 de septiembre de 1584 no se dieron por finalizadas las obras, el complejo recoge la memoria de la batalla de Lepanto quizás como ninguna otra edificación. Allí descansan los restos de Felipe II quien embarcara a España en la lid contra los otomanos y los de su hermanastro Juan de Austria que dirigió el combate. Y el 8 de noviembre de 1571, allí recibiría el monarca la noticia del triunfo enviada por su hermanastro. Al día siguiente, antes de la misa mayor, el rey ordenó que se hiciese una solemne procesión, completada al día siguiente con una misa por el eterno descanso de las víctimas.

En el techo del salón de honor del palacio del marqués de Santa Cruz, otro de los artífices de aquél triunfo, construido en Viso del Marqués a finales del siglo XVI, existió un gran fresco representando la batalla, que desapareció a consecuencia de los daños sufridos con motivo del terremoto de Lisboa de 1755. En la actualidad el edificio alberga el «Archivo General de la Marina» y en los jardines se encuentran ambas estatuas sepulcrales del marqués y su esposa. En la capilla se venera una imagen de Nuestra Señora del Rosario que acompañó a Juan de Austria en Lepanto.

Desde un principio, las Reales Atarazanas de Barcelona se destinaron a la construcción de galeras y en ellas se compuso en 1571 la galera *Real* que utilizó Juan de Austria como buque insignia en la reiterada batalla, que se enfrentó a la que utilizó Alí Pachá como insignia. Para conmemorar el 400 aniversario de tal efeméride, en 1971 se construyó una réplica que se encuentra en esas atarazanas barcelonesas, actualmente destinadas a Museo Marítimo. También en la Ciudad Condal, y más concretamente en la capilla del Santísimo de su catedral, se venera al Santo Cristo de Lepanto que según la creencia estuvo presente en el combate y esquivó una bala por lo que su cuerpo está inclinado.

Felipe II en 1616 donó a la catedral primada de Toledo el pendón de Lepanto, al instituirse el 7 de octubre la fiesta aniversario del combate, disponiendo «que se saquen y cuelguen en la dicha santa iglesia... y las ponga de la manera que se ponen las banderas de la fiesta de la Santa Cruz en la victoria de las Navas de Tolosa y las de Orán». Tradición que se mantuvo hasta los años sesenta del siglo pasado. El museo toledano de la Santa Cruz conserva en la actualidad tres de esas banderas, entre ellas el pendón que se considera



Reposterero de la casa ducal de Fernán Núñez (c. 1690). (Museo Naval de Madrid)

perteneció a la nave capitana, que tiene 16 metros de longitud. El papa Pío V la mandó fabricar y bendijo en una ceremonia celebrada el 14 de agosto de 1571, en la que también se le entregó a Juan de Austria el bastón de mando.

Del techo de la sacristía del Monasterio de Guadalupe pende uno de los fanales de la galera de Alí Pachá allí enviado por el hermanastro de Felipe II devoto de aquella Virgen desde sus tiempos de Jeromín. Una leyenda relata que en un sueño la Virgen de Guadalupe le dijo:

«Cuando logres la victoria,
en Guadalupe te espero.
Al despertarse don Juan
no duda, sino que acepta
y está dispuesto a vencer
la flota del agareno.»

Lo que cumplió el príncipe entregando el fanal el 20 de agosto de 1573. Y otro por mandato de Felipe II fue ofrecido al monasterio de Nuestra Señora de Montserrat.



Armas y traje del almirante turco Ali Pachá. Real Armería. Madrid. Fototipia de Hauser y Menet, 1918

ocupar en el combate, que fue el centro. En la sala que el museo dedica a Lepanto se exhiben, entre otras piezas, el montante de Juan de Austria, media culebrina, un casco turco y un morrión.

También en la capital española se encuentran la casa y la tumba del Manco de Lepanto que pidió ser enterrado en el convento de las Trinitarias, un edificio sin terminar, lo que originó diversos cambios de lugar a su sepultura, y obligó a una larga investigación que dio con unos restos con las iniciales M. C., supuestamente pertenecientes al autor del *Quijote*. Una placa colocada en el lugar dice:

«Yace aquí Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616)

El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir».

(*Los trabajos de Persiles y Segismunda*, 1616. Real Academia Española, 2015).

Recuerdos filatélicos y numismáticos

Dentro de la estela que ha dejado Lepanto en la cultura española, también ocupa su lugar la filatelia. La primera huella plasmada en este campo la tenemos con cuatro sellos, emitidos en 1916 con motivo del tercer centenario de la muerte de Miguel de Cervantes. En 1938, en plena Guerra Civil, se pusieron en servicio dos hojas bloque de 30 y 50 céntimos mostrando un retrato de Juan de Austria. Al celebrarse en 1960 en Barcelona el I Congreso Internacional de Filatelia, en tres de las series emitidas se reprodujo la imagen del Cristo de Lepanto conservado en la catedral barcelonesa. En 1964 al emitirse una serie en honor de la Marina se reprodujo una de las acuarelas conservadas en el Museo Naval de Madrid de la que es autor Rafael Monleón. Dos años más tarde, en 1966, una serie emitida en honor de personalidades españolas reprodujo el retrato de Álvaro de Bazán de autor desconocido. En 1971 con motivo del «IV Centenario de la Batalla de Lepanto» se editó una serie conmemorativa. La correspondiente a dos pesetas muestra el busto de Juan de Austria, presuntamente tomado de un cuadro de Sánchez Coello; el segundo sello es de cinco pesetas y reproduce parte del mural pintado por Lucas Valdés sobre el combate, que se encuentra en la iglesia sevillana de la Magdalena; y el tercero de un nominal de ocho pesetas reproduce el pendón de la nave almiranta.

También con motivo de ese IV centenario, la Diputación Provincial y el Museo Marítimo de Barcelona crearon una medalla conmemorativa en cuyo anverso aparece la galera *Real*. Dentro del programa numismático para 2021, la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre-Real Casa de la Moneda emitirá, en el segundo semestre del año, dos monedas de plata, con faciales de 10 y 50 euros, en conmemoración del 450 aniversario de la batalla naval de Lepanto.

El recuerdo en la Armada es constante

En el ámbito de la Armada española la famosa batalla está muy presente. Su himno nos lo recuerda constantemente:



(Fuente: www.todocoleccion.net)



(Foto: www.coleccionismodemonedas.com)

«... Hay que morir o triunfar,
que nos enseña la Historia
en Lepanto la Victoria...»

Hasta el gorro que cubre la cabeza del marinero y le acompaña a todas partes, lleva su nombre: el «lepanto». Prenda que tiene su origen en el buque escuela *Lepanto*, en el que a mediados del siglo XIX se probó un modelo similar al utilizado por la Marina británica, que fue adoptado por la mayoría de las armadas mundiales.

Pero donde sobresaie esta impronta es en la «Lista Oficial de Buques de la Armada», en donde el nombre del combate y sus protagonistas ha brotado recurrentemente. El primer *Lepanto* fue un vapor de ruedas de 50 metros de

eslora, armado con dos piezas de artillería y botado en 1846 que pasó casi medio siglo patrullando las costas españolas. El *Lepanto II* fue un crucero protegido de primera clase, botado en 1893 estuvo en servicio hasta 1911: desplazaba 4.826 toneladas y tenía una eslora de 93 metros; estaba artillado con cuatro piezas de 200 milímetros, y tenía una dotación de 276 hombres. El *Lepanto III* fue un buque magnífico, como todos los destructores de su clase; fue puesto a flote en 1929; tenía 1.536 toneladas y 102 metros de eslora, alcanzaba los 36 nudos y contaba con cuatro piezas de 120 mm; causó baja en 1959. El *Lepanto IV* fue un destructor perteneciente a la clase *Fletcher*; botado en 1942 y cedido en 1957 a nuestra Armada por los Estados Unidos; tras participar en la Segunda Guerra Mundial, pasó a formar parte de nuestra flota junto con otros cuatro gemelos, componiendo una escuadrilla conocida como los «Cinco Latinos»; desplazaban 2.050 toneladas y tenían una eslora de 115 metros; alcanzaban los 35 nudos de velocidad y su dotación era de 350 hombres, su armamento principal eran cinco piezas de 159 mm; el *Lepanto* en concreto causó baja en 1985.

También aparecen en la Lista Oficial de Buques de la Armada los nombres de protagonistas destacados de la batalla histórica, como en primer lugar don Juan de Austria. El *Don Juan de Austria I* fue un vapor de ruedas construido en los astilleros de La Habana y botado en 1849; tenía 45 metros de eslora y alcanzaba los siete nudos, siendo su dotación de 70 hombres y su artillería principal dos piezas de 120 mm; pasó su vida útil hasta 1882 en aguas caribeñas. El *Juan de Austria II* fue un crucero protegido de segunda que aparejaba de corbeta y estaba armado de cuatro piezas de 120 mm; desplazaba 1.152 toneladas y tenía una eslora de 64 metros, su dotación era de 186 hombres y la máquina de 1.500 HP le permitía una velocidad de hasta 14,5 nudos; en 1898 estaba integrado en la escuadra de Montojo y basado en la Filipina Cavite donde fue hundido y posteriormente rebotado por los yanquis que lo incorporaron a su flota, donde fue baja en 1919 incorporándose en la Marina Mercante americana desapareciendo de la Lista de Buques en 1932.

En recuerdo de Álvaro de Bazán, además de la fragata en servicio actualmente, fueron bautizados tres barcos. El *Álvaro de Bazán I* fue un vapor de ruedas construido en los Estados Unidos en 1840: tenía una máquina de 160 HP, estaba armado con cinco cañones y pasó toda su existencia en las Antillas, hasta 1872 que causó baja. El gran ciclón de 1844 le pilló en La Habana sufriendo graves daños. El segundo llevó el nombre de *Bazán* a secas: era un vapor de segunda clase construido como el anterior en los Estados Unidos, que reemplazó en 1873 al anterior *Bazán*; medía 50 metros de eslora y desplazaba 757 toneladas; su equipo propulsor tenía 115 caballos nominales y su armamento consistía en dos cañones, uno de 130 mm y otro de 120 mm; siendo su dotación de 123 hombres; fue baja en 1886. El tercero de los «bazanes» fue un cañonero de primera clase construido en Ferrol donde se botó en 1897;

tenía 833 toneladas de desplazamiento, 71 metros de eslora y 2.500 HP de potencia, lo que le permitía una velocidad de 19 nudos; su armamento principal eran dos piezas de 120 mm y su dotación la componían 89 hombres; fue baja en 1926; contribuyó eficazmente a la pacificación del Protectorado marroquí.

El nombre del «Manco de Lepanto» ocupó un lugar destacado en la Lista de Buques de la Armada. El crucero *Miguel de Cervantes* se botó en Ferrol en 1928; tenía 7.500 toneladas de desplazamiento, 177 metros de eslora y su principal armamento lo componía ocho piezas de 152 mm; estuvo en servicio hasta su baja en 1964.

Así se recuerda rezando

La batalla de Lepanto fue la causante de que anualmente se celebrara una fiesta dedicada al rezo del rosario, ya que el papa Pío V atribuyó la victoria cristiana a la intercesión de la Virgen María, instituyéndose la fiesta el 7 de octubre. Según la tradición histórica, Juan de Austria dio la señal de batalla enarbolando la bandera recibida del papa con la imagen de Cristo crucificado y de la Virgen y se santiguó. Los generales cristianos animaron a sus soldados y dieron la señal para rezar, cayendo éstos de rodillas ante el crucifijo y continuando en esa postura hasta que las flotas se aproximaron. Mientras, en el Vaticano Pío V no paró de pedirle a Dios por el triunfo; de repente cesó y dirigiéndose a los cardenales que le acompañaban les manifestó: *No es hora de hablar más sino de dar gracias a Dios por la victoria que ha concedido a las armas cristianas*. Así, en señal de gratitud instituyó la fiesta del Rosario, y a la letanía le añadió «Auxilio de los cristianos».

El hecho de haber donado Juan de Austria a la «Cofradía de la Piedad y de la Caridad», constituida por los tripulantes de las galeras reales, una imagen de Nuestra Señora del Rosario, determinó el patronato de esta advocación sobre la flota de galeras, ya que en la sede de la Cofradía sita en el Puerto de Santa María se veneraba a dicha Virgen. En la actualidad una imagen de la conocida como la Galeona, se encuentra en la capilla del palacio de Álvaro de Bazán sito en Viso del Marqués. En otras dependencias de la Armada, como en el Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando o la iglesia de la Base Naval de La Carraca existen imágenes de la Galeona o Nuestra Señora del Rosario. Mención especial merece, por su vinculación con la Armada y el buque escuela *Juan Sebastián de Elcano* la imagen de la Galeona del convento de Nuestra Señora del Rosario y Santo Domingo en Cádiz.

También se recuerda en rincones insospechados

Aquí podíamos poner punto y final a este trabajo sobre la estela que Lepanto ha dejado en nuestra Cultura. En él nos hemos referido a los grandes hitos marcados por la Literatura o las Bellas Artes, pero la estela es tan extensa como tupida, y pido licencia al director de la REVISTA para referirme a un caso muy particular y cercano, donde queda demostrado lo que mantengo. San Martín de Valdeiglesias es un pueblo de la provincia de Madrid que recibe este nombre por encontrarse rodeado de una serie de siete ermitas con distintas advocaciones: una de ellas es la de Nuestra Señora del Rosario. El azar se alió con mi vena marinera, y hace unos años adquirí una finquita junto a la misma, que solo abre sus puertas cada 7 de octubre para el rezo del rosario; estaba cantado que la finca llevaría el nombre de «La Galeona» y, para que la gente del lugar conociera el porqué, compuse el siguiente soneto con el que rubrico el rastro de Lepanto en la cultura española:

«Si sales de Valdeiglesias por la Nava,
encuentras Nuestra Señora del Rosario,
justo, donde el paisaje tornase agrario,
en el rincón donde San Martín acaba.
Virgen que los marinos llaman Galeona:
arropó a los galeones bajo su manto;
a las galeras cristianas en Lepanto;
y aquí... cuida las olivas de la zona.

Si en el mar de Almiranta tiene honores
y la vuelta al mundo da con el Elcano,
en estos campos Reina es de labradores.

Que, celebrando la gloria del cristiano,
cada siete de octubre ofréndale flores,
como los marinos en el mar lejano.»

Homenaje a los Caídos en la batalla naval de Lepanto. Villarejo de Salvanes (Madrid), Plaza del Santuario de Nuestra Señora de la Victoria de Lepanto, 7 de octubre de 2019. (Foto: www.armada.mde.es)

